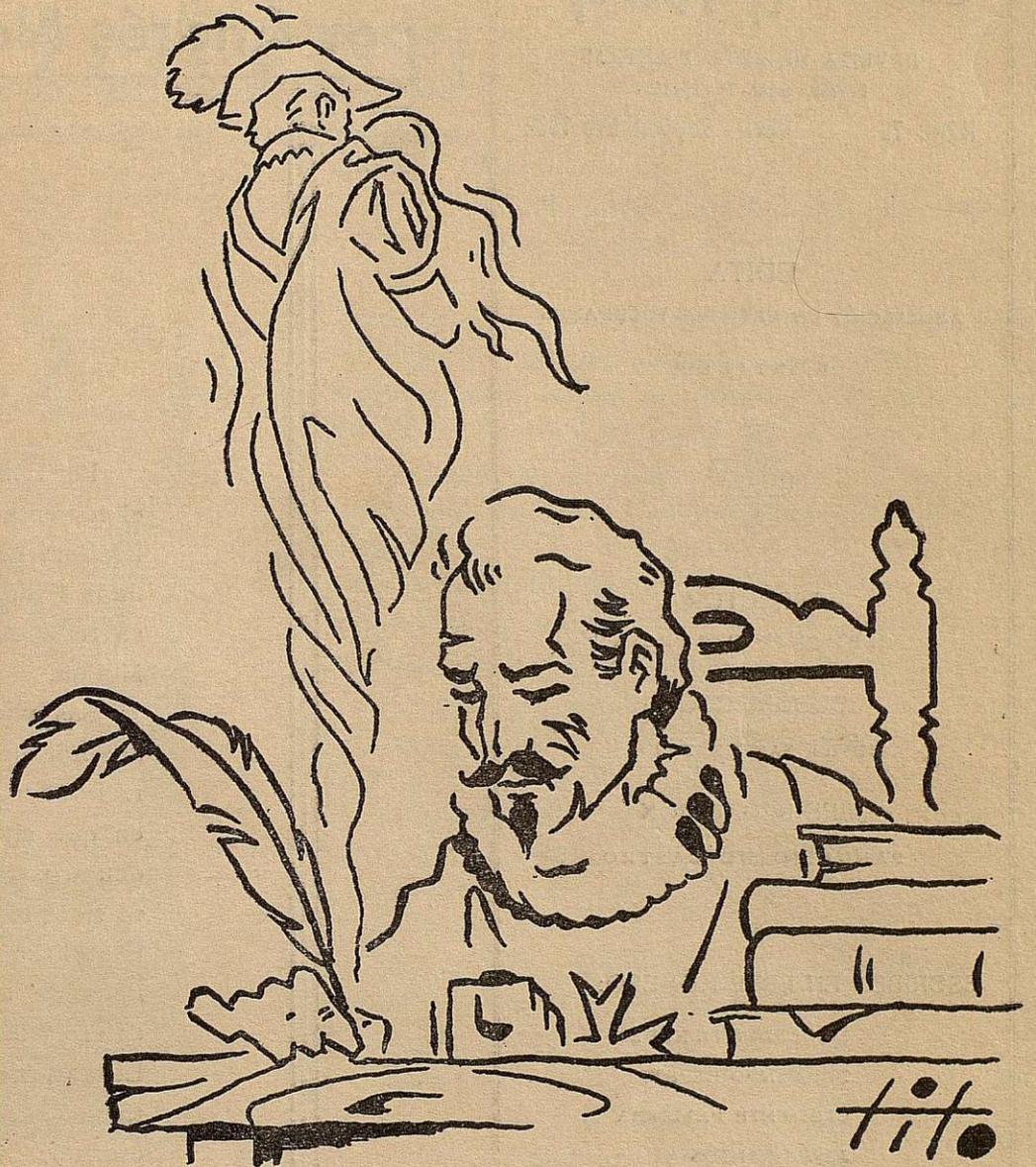


N.º 79

ABRIL-SEPTIEMBRE 1962



ayer y hoy

# ayer, hoy

REVISTA DE ARTE Y LETRAS

Depósito legal - T O - 20 - 1958

Núm. 79

Abril - Septiembre 1962

EDITA

ASOCIACIÓN DE ARTISTAS TOLEDANOS

« ESTILO »



DIRECTOR

CLEMENTE PALENCIA

SUBDIRECTOR

JESÚS SANTOS BAJO

JEFE REDACCIÓN

SANDALIO DE CASTRO

ESCRIBEN EN ESTE NÚMERO:

MERCEDES MENDOZA

FERNANDO ESPEJO

CLEMENTE PALENCIA

JESÚS SANTOS

RAFAEL BRUN

ANTONIO ESTÉFANI

LUIS RODRÍGUEZ

POESÍAS ORIGINALES DE

ANASTASIO OLIVA

JUAN ANTONIO VILLACAÑAS

ARACELI GUTIÉRREZ

GONZALO PAYO

JAVIER DEL PRADO

IMPRIME:  
R. Gómez-Menor

DIRECCIÓN:  
Puerta del Sol

TOLEDO

## “La obra en prosa de Tirso de Molina”, por Andrés Nougé

Por falta de espacio no podemos dedicar el comentario que se debe a la labor investigadora de este gran hispanista, Profesor de la Facultad de Letras de Toulouse, en su tesis doctoral sobre nuestro Tirso de Molina.

Sus pacientes investigaciones trajeron al autor algunas veces a Toledo para recorrer los cigarrales y precisar el escenario en que situó Tirso a sus personajes. Son definitivos sus comentarios sobre «Los tres maridos burlados» y sus imitaciones; sobre la sociedad española y sus costumbres. Nos llena de admiración el estudio del bandolero y todas sus derivaciones en nuestra Literatura y el perfecto conocimiento que tiene de la complicada psicología de nuestro escritor.

El Profesor Nougé conoce maravillosamente nuestra lengua y ha podido transcribir pasajes de autores clásicos, para lo que se requiere gran preparación filológica y paleográfica que ha superado brillantemente.

Abruma la lista de obras consultadas, los textos que manejó, las fuentes selectísimas que utiliza para esclarecer cualquier duda. Nuestra más sincera felicitación al cultísimo Profesor de Toulouse, y nuestro reconocimiento por habernos citado en su obra con palabras de tan generosa gratitud.

CLEMENTE PALENCIA

# LOPE DE VEGA

## en

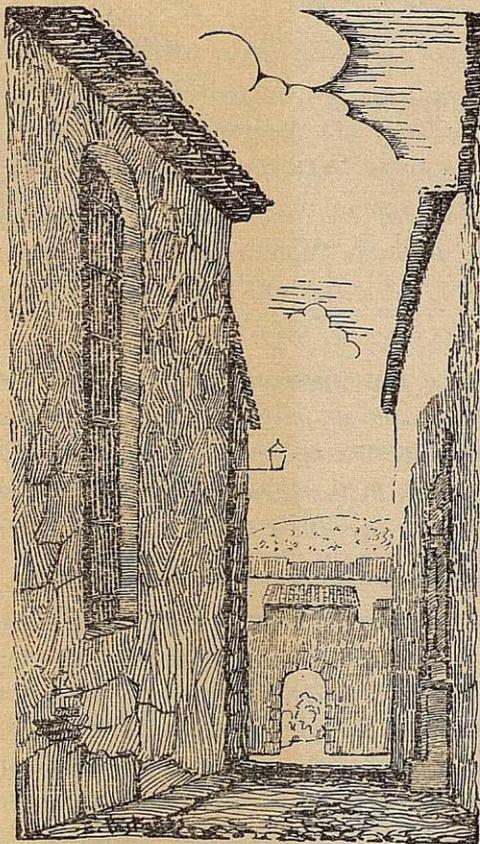
# TOLEDO

REFERENCIAS DOCUMENTALES DEL ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL

Por

MERCEDES MENDOZA EGUARAS

Directora del Archivo Histórico Provincial



Los Archivos de Protocolos son la fuente de información más completa para conocer, tanto lo referente a la vida pública como privada de épocas pasadas. Son, sobre todo, fuente de primer orden en lo que se refiere a biografías de personajes importantes. Sobre la biografía de Lope de Vega han suministrado datos únicos los documentos encontrados en los Protocolos de Sevilla por Rodríguez Marín, en los de Madrid por Pérez Pastor y en los Protocolos toledanos por García Rey y San Román.

Las investigaciones de estos dos últimos han aportado datos nuevos y completado o corregido otros existentes relacionados con la estancia de Lope de Vega en Toledo.

El primer documento del Archivo aparece en un Protocolo de 1591. En 15 de julio de este año Lope contrata el alquiler de una casa en la calle de la Sierpe a Francisco Barrientos. Entonces estaba casado con Isabel de Urbina. El contrato lo hace por un año a partir del 15 de agosto del mismo y por 300 reales, a pagar según la manera de la época, en tres tercios: uno por Pascua de Resurrección, otro por Navidad y el tercero por Santa María de Agosto. La

firma que aparece en este documento es la más antigua que se conoce de él. Esta era la primera vez que venía a Toledo, como desterrado, después del proceso que le siguieron por sus ataques satíricos al comediante Jerónimo Velázquez.

Del 1 de agosto del mismo año tenemos otro documento en el que sale fiador de Luisa Vega, viuda de Juan Ramírez, recibiendo a su servicio a un hijo de éstos, Francisco, de edad de ocho años. Según San Román, esta Luisa Vega debía ser hermana del poeta, ya que, por razón de su edad, no podía ser la sobrina del mismo nombre que se conocía.

En los dos documentos anteriores, encontrados por García Rey, aparece Lope de Vega como «criado» de D. Francisco de Ribera. San Román creía que esto obligaba a rectificar ciertos detalles de la vida de Lope pertenecientes a esa época. Todos los biógrafos del poeta afirman que Lope estuvo como secretario del Marqués de Malpica. Por este documento se sabe que el personaje de la Casa de Malpica, a quien sirvió Lope, fué D. Francisco de Ribera, viviendo su padre D. Pedro de Ribera, Señor de Malpica, antes de que Felipe II le concediera el título de marqués.

Del año siguiente, estando aún en Toledo, hay un documento fechado en 21 de mayo en que Lope reconoce deber 200 reales a un mercader madrileño, Hernando Tamayo.

Después de esta fecha no aparece ninguna mención hasta 1599. En 7 de noviembre de este año se sabe de su estancia en Toledo porque en un documento aparece el encarcelamiento de un hortelano «por mandato ejecutivo de pedimiento de Lope de Vega».

Después volvemos a tener noticias en 1602. Se encuentra aquí el 10 de enero, fecha en que el comediante Pedro Jiménez de Valenzuela se obliga a pagarle 4.000 reales «por razón y fin e remate de todas las cuentas que con él he tenido hasta oy día, de dineros prestados que nos avemos dado». Igualmente el 23 de diciembre del mismo año en que otro comerciante, Gabriel de Vaca, le da poder para que, en su nombre, cobre el autor de comedias, Diego de Santander, una cierta cantidad de dinero que le debía.

Por estos años tiene lugar la pasión de Lope de Vega por Micaela de Luján, la Camila Lucinda de sus versos, con la que vivió en Sevilla y en Toledo. En los documentos encontrados en Sevilla por Pérez Pastor, nunca aparece el nombre de esta amante de Lope. Tampoco en los encontrados en Toledo por San Román, el de Camila Lucinda. El único testi-

monio que había de la residencia de Camila Lucinda en Toledo, era la Partida de Bautismo de su hija Marcela, encontrada por él mismo en el archivo de la Parroquia de la Magdalena, fechada en 8 de mayo de 1605. Después encontró en este archivo el documento de 28 de julio de 1604 en que Micaela de Luján alquila una casa en la Parroquia de San Lorenzo, lo que le hizo suponer que Micaela había venido de Sevilla con el poeta a mediados de este año. En este documento no figura la firma de Lope de Vega, pero sí la de su amigo íntimo Agustín Castellanos, el poeta sastre. A los pocos días, el 10 de agosto, Lope de Vega arrienda la casa del barrio de San Justo, donde había de vivir con su mujer Juana Guardo. En agosto de 1605, Micaela de Luján renueva el alquiler, y en este contrato aparece ya la firma de Lope de Vega como testigo.

Del año 1606 hay tres escrituras, en las que aparece su firma como fiador del autor de comedias Alonso Riquelme en los contratos que éste hizo para representar comedias en las Fiestas del Corpus, de La Puebla de Montalbán; en las de San Juan, de Oropesa, y de San Pedro, en Puente del Arzobispo. En el contrato de Oropesa se mencionan las tres comedias que se van a representar, todas de Lope: «El Hombre de Bien», «El Secretario de sí mismo» y «La Obediencia Laureada». En el de Puente se iban a representar cuatro. Se mencionan sólo dos, que también eran de él: «El Mayor-domo» y «La Infanta Leónida».

Son muy abundantes este tipo de escrituras en que un comediante se obliga a representar autos y comedias, de distintos autores, en las Fiestas del Corpus, en la Casa de Comedias o en las fiestas de los pueblos de la Provincia. En esta época, Toledo figura a la cabeza en las representaciones de los Autos Sacramentales el día del Corpus y el día de la Octava. A veces intervenían varias compañías de los comediantes más célebres en los Autos de un mismo día. El día del Corpus se celebraban, generalmente, cinco Autos, dos por la mañana y tres por la tarde, cada uno en su carro (1). El día de la Octava solían representarse dos Autos con tres entremeses.

Al principio, las compañías venían a Toledo para las representaciones de los Autos. Una vez aquí, las estancias largas, que les suponía los preparativos de los mismos, les movían a representar también sus comedias. Más tarde se instaló una Casa de Comedias en el Mesón de la Fruta, y allí se hacían representaciones durante casi todo el año.

En estos documentos San Román encontró noticias muy interesantes sobre comedias de Lope de Vega, representadas en Toledo y en pueblos de la Provincia. Entresacó 89 títulos y de ellas 45 son del gran dramaturgo. El predominio de Lope de Vega sobre los autores de su tiempo es bien claro.

Por un documento de 1599 se sabe que la compañía de López de Alcaraz inauguró este año con la comedia de Lope de Vega «El Alcalde de Madrid». También debieron ser es-

trenadas en el mismo Mesón «Los Exclavos Libres», «El Cuerdo Loco» y «El Príncipe Despeñado». En el año 1603, en un contrato de compañía entre Antonio de Granados, vecino de Toledo y Pedro de Valdés, de Valladolid, después de la reseña de todas las cláusulas del mismo, entran a formar parte de la compañía, como bienes de ambas partes, cinco comedias «nuevas» (no estrenadas), entre las que están estas tres mencionadas y que había comprado el dicho Antonio Granados por 500 reales cada una.

En el año 1614 el mismo Pedro de Valdés se compromete a hacer dieciseis comedias en el Mesón de la Fruta en dieciseis días. En la lista de estas comedias hay tres de Lope de Vega, «El Vellochino de Oro», «La Humildad y la Soberbia» y «Los Enredos de Laura».

En octubre del mismo año se obliga a representar, para enero del siguiente, siete comedias, entre las que se citan otras tres de Lope: «La Montañesa de Asturias», «Todo es fácil a quien ama» y «De cuando acá nos vino».

Por último, en el verano de 1615, desde el 8 de julio al 4 de agosto, Pedro de Valdés representa seis comedias en el citado Mesón, entre ellas «El Fingido Genovés» y «El Premio de la Hermosura», del mismo autor.

Respecto a las representaciones de obras de Lope de Vega en las fiestas de pueblos de la Provincia, ya hemos mencionado antes que aparece su firma como fiador del comediante Alonso Riquelme en los contratos para representar tres comedias en Oropesa y dos en Puente del Arzobispo.

En las Fiestas del Corpus de Fuensalida del año 1598, se representó la obra de Lope de Vega «Los Torneos de Aragón», junto con dos Autos, dos entremeses y una comedia de autor diferente. En el contrato, el comediante Gaspar de Porres — autor de comedias y muy amigo de Lope de Vega — pide que se le den «armas para la representación, especialmente las armas con que tornea una mujer, que tenían que traer de Madrid, y 18 lanzas para quebrar». Esta misma obra se había representado el día antes por la tarde en La Puebla de Montalbán, en donde también había tenido lugar, por la mañana, la representación de dos Autos Sacramentales.

Finalmente, de 6 de mayo de 1615, hay un contrato entre el citado Pedro de Valdés y los Mayordomos de las Fiestas del Corpus de la villa de Ajofrin para representar en la misma la comedia titulada «La Humildad y la Soberbia», el Auto de «La Locura por el Alma», ambas obras de Lope, y el entremés de «Los Habladores», atribuido al mismo autor.

Vemos por estos documentos que, a pesar del traslado de la corte a Madrid en el año 1561, Toledo y su Provincia mantenían en estos años finales del siglo XVI y primeros del XVII un alto nivel literario. Aparte de los pueblos mencionados, en donde se citan representaciones de obras de Lope de Vega, había muchos más en donde se representaban obras de otros autores. Sería muy de desear que ahora en nuestro siglo XX ese afán del pueblo toledano por el teatro resucitara de nuevo.

(1) El carro era un escenario móvil montado sobre ruedas y tirado por bueyes, que se empleaba para la representación de los Autos. En el mismo carro se llevaba lo necesario para la representación. Para Autos de gran aparato se necesitaban varios carros. Calderón utilizaba cinco carros para sus Autos.

# LOPE

## HOMBRE DE CONTRASTES

por FERNANDO ESPEJO



Cuando comenzamos a enfrentarnos de forma bastante amplia con la obra y con la biografía de Lope de Vega, llegamos a comprender que, en muchas de sus creaciones literarias, se reflejan de forma indubitable retazos de su propia vida, poetizados, deformados o, simplemente, parafraseados.

No obstante, esta es una visión parcial, en grado cualitativo, e incompleta, cuantitativamente.

El enfoque completo le tenemos cuando en nuestra estimación también pesa el contenido de las cartas que Lope escribió a su protector el Duque de Sessa; el mismo Noble Señor que, por tacañería o por indiferencia, dejó impagados los derechos parroquiales, dando con ello lugar a que sus restos fueran arrojados a la huesa común de la parroquia de San Sebastián.

El Lope gran artista y el Lope humano y lleno de grandes y pequeñas miserias, se complementan. Toda su vida fue una terrible batalla entre sensualidad y ascetismo: entre su donjuanismo y su arrepentimiento. Arrepentimiento del que solo fue una parte, y no la más fundamental, su ordenación sacerdotal.

Resulta innecesario el relato detallado de sus turbulentos amores, en la lista que sólo conocemos en parte: Elena Osorio, Isabel de Urbina, Antonia Trillo, Juana Guardo, Micaela Luján, Jerónima de Burgos, Lucía Salcedo y Marta de Nevares. Tampoco es precisa la enumeración de sus miserias, ni la transcripción de sus cartas al de Sessa, ni la historia de sus actividades en el destierro, ni el inventario de los hechos militares en que participó.

Nos basta con su grandiosa gloria — superior en mucho a todas sus bajezas— y con la comprensión de todo aquello que, reprochable, dió a Lope más dolores que dichas y placeres, quedando borrado a nuestros ojos con su perseverancia final. Qué angustiosos debieron ser sus adúlteros y sacrílegos amores con Marta de Nevares y qué amargas y atormentadas serían sus

caricias de amante, siendo tan dulces en su gesto; y el dolor de verla primero ciega, y luego loca, y por fin, para dar su cuerpo a la tierra cuando aún era joven la mujer amada, y él, un hombre viejo y pobre.

Grandezas y miserias que nos hacen recordar las figuras de Cervantes y Quevedo, tan dispares en tantas cosas y tan iguales en la sinceridad de sus vidas. Y sinceridad no es desfachatez, ni todas las caídas son desvergonzadas, ni la desvergüenza es ingenuidad.

Los hombres, unas veces somos sublimes y otras caemos en un pozo de bajezas. Lo que vale, lo que pesa, es el esfuerzo, la línea aunque se quiebre, el deseo último y la sinceridad. La excepción de la regla, sólo se encuentra en unos pocos casos del Santoral: no en todos. Y no hay santos laicos, aunque haya quien así lo crea.

En el día de hoy, la mayoría de nuestras *figuras*, son de una sola pieza, como los protagonistas de los malos dramas teatrales. Un estilo, el suyo, uniforme, elaborado en la frialdad de un laboratorio. Una forma, una postura —aparente—, siempre la misma. Sin vida privada, o con excesiva vida pública, o con un escándalo «sui generis». Las ideas inmutables, pero las posiciones —en la misma postura— tan variadas como lo reclamen sus intereses. Los antagonismos, lo suficientemente discretos como para hacer óptimos negocios editoriales, sin disgustos. Nada fluye y todo se elabora detalladamente.

Y al final, una esquela de defunción que, sin decir mentira alguna, no dice toda la verdad. Luego, unos cuantos ditirambos. Y a la larga el olvido en cuanto las pasiones se poseen o cambien de signo. Porque han carecido de sinceridad, de espontaneidad, de galanura, de gracia.

Y no quedaron en el corazón del pueblo.

Ni Lope, ni Cervantes, ni Quevedo, fueron así. Ni tampoco Unamuno. Y algunos más.

Pero las cosas cambian. Y los hombres también aunque por su posición y postura no lo parezcan. Y aunque siempre vayan trajeados con las mismas tonalidades, y el sombrero se lo coloquen exactamente igual, con los mismos pliegues.

# Lope de Vega

## POETA DEL SANTO NIÑO DE LA GUARDIA

Por CLEMENTE PALENCIA  
Cronista Oficial de la Ciudad

En el claustro de la Catedral Primada, dentro de la Puerta del Perdón, nos dejó Bayeu una enorme pintura al fresco, deteriorada en su parte inferior por la humedad, donde se representan dos pasajes de la vida del Santo Niño de La Guardia: el rapto y la crucifixión.

Antes de este testimonio gráfico, el humanista Jerónimo Ramírez había dedicado al mismo asunto un poema latino con el siguiente epígrafe: «De raptu innocentis martyris guardiensis», impreso en Madrid en la Librería de Pedro Madrigal, año 1592.

Lope de Vega, en los años finales de su vida, escribe una comedia histórica con el título de «El Niño inocente», dividida en tres jornadas; la licencia para representarse se da unos años después de la muerte de Lope por el censor del Santo Oficio Fray Juan Bautista Palacio, que no encuentra en ella cosa contraria a la fe católica.

Según su costumbre, la divide en tres partes, comenzando la primera con la aparición de Santo Domingo de Guzmán a la Reina Católica, que lee un libro de horas y a la que aconseja:

«Y será cosa acertada  
que destierres los judíos  
eternamente de España.  
Haced un edicto luego,  
que en breve término salgan  
porque la limpieza quede  
libre de su ciega infamia».

Mientras Isabel piensa en lograr para España la unidad geográfica, política y religiosa, los judíos Benito, Hernando y Francisco se lamentan de su triste condición de perseguidos por la Inquisición y deciden acudir a Francia, donde hay un rabino.

«...Por un notable hechizo,  
que ha de darle un rabino que está en ella,  
con que matemos todos los cristianos,  
mayormente los frailes dominicos».

Es interesante la forma que tiene Lope de introducir en la escena al protagonista. Va el niño Juan con su padre hacia la escuela y lleva entre sus manos la «Vida de los santos niños Justo y Pástor»; el maestro indica a Juanico que lea un pasaje del libro donde consta el martirio de los referidos niños y con tal motivo el padre le pregunta.

«Si se os ofreciere a Vos,  
hijo, morir de esta suerte,  
¿No pasarades la muerte  
como estos niños por Dios?».

Con toda fidelidad sigue relatando en versos, a veces muy felices, la forma engañosa de apoderarse del niño; de cambiar su nombre de Juan por Cristóbal para alejar así toda sospecha; el odio satánico de los

judíos castigando incesantemente al pequeño y por fin su doloroso martirio.

Esto se llama el «asesinato ritual». Y según rumor popular se decía que los judíos reproducían el día de Viernes Santo el sacrificio del Calvario, imitando la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, sacrificando un niño cristiano que robaban y hacían morir en una cruz.

Se dan ciertos casos aislados que justifican este rumor —calumnioso en términos generales—, como los de los niños Ricardo de Pontoise, Dominguito del Val y sobre todo el santo Niño de La Guardia, sobre cuyo asesinato existe un proceso incoado en Avila, en 1491, contra varios judíos que lo asesinaron.

Eran las fiestas de la Virgen del Sagrario. Pasamontes, con su esposa Juana la Guindera y su hijo Juanico, están presenciando desde la puerta de la catedral, que desde entonces se llama del «Niño Perdido», una representación en que tomaban parte coros de gitanos.

Aprovechando la confusión de tanta muchedumbre, los judíos raptan al niño por la espalda y él cree que son unos gigantes. Es conmovedora la plegaria que eleva la madre desolada a la Virgen del Sagrario.

«¡Ay Virgen, con ojos tristes  
os tengo yo de mirar!  
Alegradlos, gran Señora;  
mas no traéis hijo agora,  
para que os pueda obligar,  
porque es de vuestra Asunción,  
mas perdistele también;  
¡Si Vos en Jerusalén,  
yo en la Puerta del Perdón!».

La tercera jornada, en que se describe la crucifixión del santo niño, apenas puede leerla una persona de fina sensibilidad. Horroriza tanto azote sobre un pequeño indefenso, y aunque Lope alivia esta escena con la aparición de ángeles, no es posible seguir verso a verso con un relato de tan refinada crueldad.

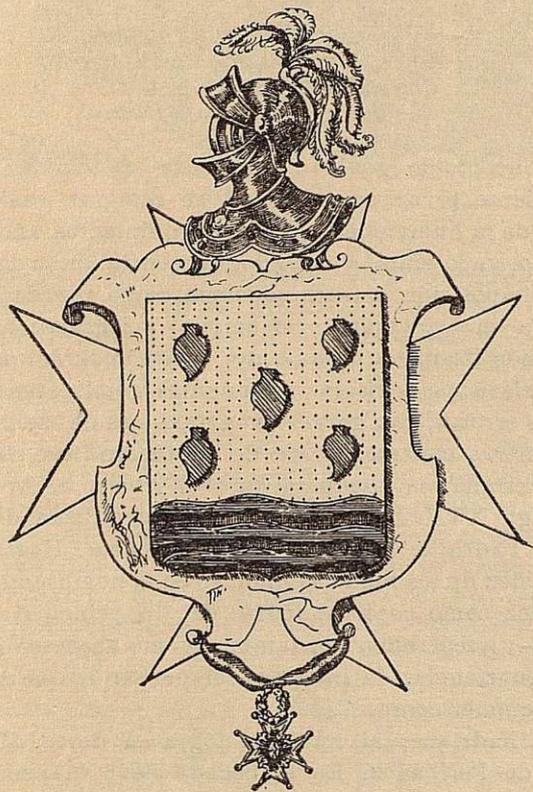
A veces se eleva Lope a una verdadera cima lírica, como en aquel delicado fragmento que pone en boca de un ángel:

«Todos estos cardenales  
que en tu tierno cuerpo has visto,  
ante el Pontífice Cristo  
son claveles y corales,  
pero ¿qué muchos, si son  
rosas puras carmesíes  
saliendo como rubíes  
del trono del corazón?».

No creo que se pusiese en escena muchas veces esta obra de Lope. El corazón humano reacciona de la misma forma en todos los tiempos, y nos imaginamos el sufrimiento que sería para el Fénix componer estas estrofas a costa del cruento martirio de un ser inocente.

# “El Comendador de Ocaña”

Por JESUS SANTOS



En la obra fecunda de Lope de Vega no abundan los protagonistas en sentido individual o personal. Los antagonistas, en cambio, encarnados en un determinado personaje, suelen tener rasgos y perfiles más acusados.

Hoy quisiéramos estudiar aquí a uno de los famosos antagonistas «lopianos»: Don Fadrique, Comendador de Ocaña. Y quisiéramos estudiarle bajo un aspecto ya esbozado por el glorioso Pérez de Ayala en otro personaje de Lope: Antonio Roca.

Pérez de Ayala, estudiando la comedia de Lope de Vega «Antonio Roca», llega a la conclusión de que el protagonista (aquí sí hay protagonista) es un hombre bueno que ejecuta acciones malas «obligado y contra su voluntad» (destino, circunstancias, etc.). Y como la oración puede ser vuelta por pasiva, tendremos que admitir —nos dice Pérez de Ayala— que hay hombres malos cuyas conductas son o pueden ser buenas (freno social o religioso, etc.).

Pues bien, nosotros, pese a la antipatía popular provocada por la figura del Comendador, quisiéramos incluir a éste entre los hombres del primer grupo, es decir, entre los hombres buenos.

Ya sabemos que Don Fadrique pecó al desear la mujer de su prójimo. Y aún pecó más cuando al deseo siguió el proyecto y al proyecto el intento. Pero vayamos paso a paso.

Es indudable que el Comendador, además de ser un buen funcionario —justiciero y valiente— debía estar adornado de ciertas cualidades bondadosas. Ello se deduce de la admiración y cariño que el pueblo de Ocaña sentía por él. Cuando en las bodas de Peribáñez y Casilda es herido por el toro, Peribáñez, al enterarse, exclama:

«Si aquí  
el Comendador muriese  
no vivo más en Ocaña.»

Y la sincera y fiel Casilda se lamenta en los siguientes términos:

—«¡Oh que mal el mal se emplea  
en quien es la flor de España!  
¡Ah gallardo caballero!  
¡Ah valiente lidiador!»...

Y el pueblo entero grita

—«¡Qué gran desdicha!»

Herido y sin conocimiento es trasladado a casa de Peribáñez. Cuando al fin recobra el sentido, Casilda, alborozada, exclama:

—«¡Albricias, que habló!»

y al preguntar Don Fadrique

—«¡Ay de mí ¿quién eres?»

le responde:

—«No os aflijáis; que no estáis  
donde no os desean más bien  
que vos mismo».

Hasta aquí hemos visto cómo Ocaña respetaba y quería a su Comendador. Pero aquí es donde comienza el drama. Don Fadrique se enamora de Casilda; es un flechazo, y los flechazos son los amores más apasionados y tenaces quizá, porque son también los más certeros. No se trata, pues, de un fúgaz apetito sensual, sino de un estado febrilmente amoroso. De haber encontrado a Casilda soltera creemos, que Don Fadrique, se hubiera casado con ella.

—«Aun para ser mujer mía  
tenéis, Casilda, valor»

la dice Don Fadrique.

Y en otro pasaje, refiriéndose a Peribáñez, exclama:

—«Por su azadón trocara  
mi dorada cuchilla,  
a Ocaña tu casilla,  
casa en que el sol repara.  
Dichoso tú, que tienes  
en la troj de tu lecho tantos bienes».

Hablando con su criado Luján, dice:

—«Muerto estoy, matóme un rayo;  
aún dura Luján en mí  
la fuerza de aquel desmayo.»

LUJÁN.—«¿Todavía persevera  
y aquella pasión te dura?»

COMENDADOR.—«Como va el fuego a su esfera  
el alma a tanta hermosura  
sube cobarde y ligera.»

Cuando Leonardo le anuncia la visita de Peribáñez,  
Luján pregunta a su señor:

—«¿De qué has perdido la color?»

a lo que responde Don Fadrique:

—«¡Ay cielos  
que de sólo venir el que es esposo  
de una mujer que quiera bien, me siento  
descolorir, helar y temblar todo.  
Dí que entre; que del modo de quien ama  
la calle, las ventanas y las rejas  
agradables le son, y en las criadas  
parece que ve el rostro de su dueña;  
así pienso mirar en su marido  
la hermosura por quien estoy perdido.»

Hay momentos en que Don Fadrique quisiera librarse  
de un amor fatal e imposible, y así le oímos lamentarse:

—«¡Maldiga el cielo  
el punto en que caí, pues no he podido  
desde entonces, Leonardo, levantarme  
de los umbrales de su puerta!»

La timidez, propia de todo hombre enamorado, invade  
a Don Fadrique cuando se dispone a ver a Casilda

—«Quiéralo mi ventura, que te juro  
que habiendo sido en tantas ocasiones  
tan animoso como sabe el mundo,  
en esta voy con un temor notable.»

Otro detalle del enamorado Don Fadrique es, cuando  
encarga al pintor toledano que retrate furtivamente a  
Casilda.

Los intentos pecaminosos de Don Fadrique —siempre  
reprobables— tienen cierto atenuante en el amor. Con-  
trastan visiblemente con la conducta odiosa de otros antago-  
nistas del teatro clásico, v. g. con el capitán de «El Alcalde  
de Zalamea» Don Alvaro de Ataíde. Don Alvaro es un tipo  
burdo de escasa o nula sensibilidad. Ni aun tiene la elegancia  
o la gracia de Don Juan Tenorio. Don Alvaro no se  
enamora —ni puede enamorarse— de Isabel. Si sale triun-  
fante de su deseo carnal es a viva fuerza, sin la menor  
cooperación afectiva. Y siendo muy repugnante su violento  
atropello a la doncella, aún lo es más el brutal atropello  
a la ancianidad en la respetable persona de un padre de  
familia; y el atropello, firme y constante, a la dignidad  
humana en cuantas ocasiones se le presentan. Don Alvaro  
es un ser insultante y ofensivo, y si existen para él algunas  
disculpas, éstas nacen de su torpeza y de los conceptos  
sociales de la época. Don Alvaro no puede concebir que  
exista honor o dignidad en el estado llano. Así se lo ha  
enseñado el ambiente:

—«¿Qué opinión (honor)  
tiene un villano?»

La contestación de Juan, hijo de Pedro Crespo, es uno  
de los primeros gritos serios del sentimiento democrático:

«aquella misma que vos  
que no habría un capitán  
si no hubiese un labrador.»

Pero los torcidos conceptos sociales están muy arraiga-  
dos. Incluso los comparten hasta las propias víctimas. Peri-  
báñez, hombre del pueblo, dice así al Comendador cuando  
éste le nombra capitán y le ciñe la espada:

—«Vos me ceñisteis la espada  
con que ya entiendo de honor;  
que antes yo pienso, señor,  
que entendiera poco o nada.»

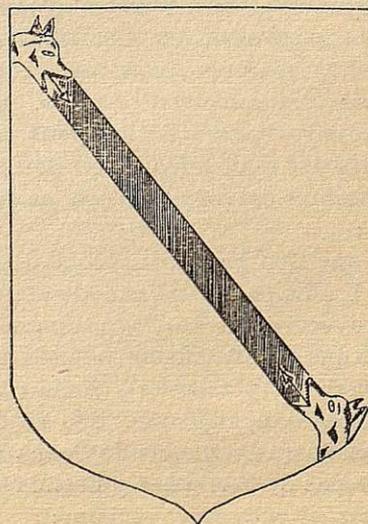
El concepto de igualdad natural de los hombres y, por  
consiguiente el de su dignidad se remonta casi, a los  
albores de la humanidad. Confucio, quinientos años antes  
de Cristo, ya lo sentaba como dogma central de su doctrina.  
Pero la imposición de este concepto como realidad social  
—pese a su evidencia— no empezó a lograrse hasta la  
Revolución Francesa. Si aún hoy, en las anacrónicas socie-  
dades clasistas, existen abundantes reminiscencias de  
aquellos errores, con graves exageraciones de las dignida-  
des adjetivas con menoscabo de las sustantivas, nada nos  
puede extrañar la conducta de Don Alvaro de Ataíde en  
pleno siglo XVII. Pero volvamos a nuestro Comendador.

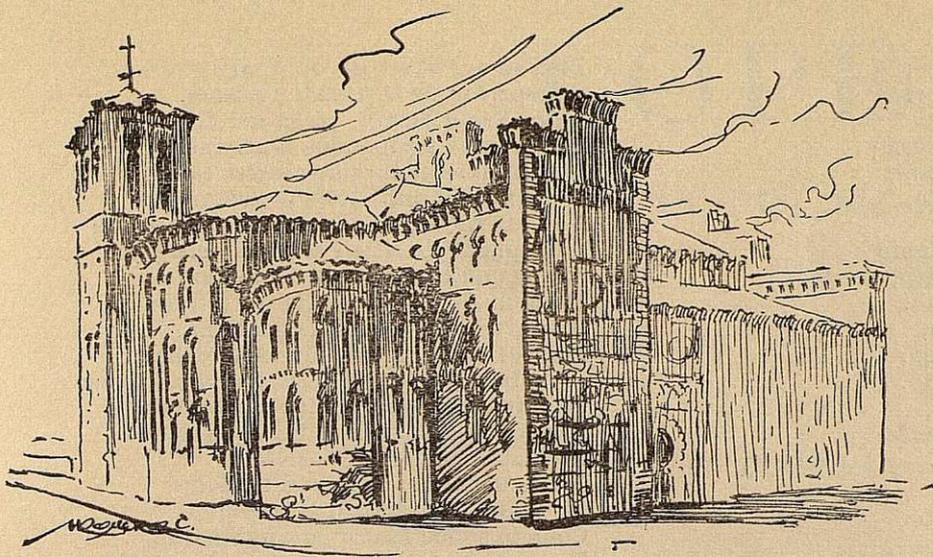
Don Fadrique es hombre de conciencia. Hasta en la  
esplendidez de los regalos e incluso en el nombramiento de  
Peribáñez como capitán, aparte del fin principal —harto  
torcido—, quisiéramos ver también como un deseo de aca-  
llar su conciencia, de intentar compensar lo que no tiene  
ni puede tener compensación.

Don Fadrique, al final, no logra su deseo. Muere a  
manos de Peribáñez. En el pecado llevó la penitencia:  
angustias, sufrimientos, melancolías. Y con la muerte  
—bella muerte— su purificación. En el momento decisivo  
manifiesta Don Fadrique toda la nobleza de su corazón:

«No quiero  
voces ni venganzas ya.  
Mi vida en peligro está,  
sola la del alma espero.  
No busques ni hagas extremos  
pues me han muerto con razón.  
Llévame a dar confesión  
y las venganzas dejemos.  
A Peribáñez perdono.»

En «El Comendador de Ocaña» hay una víctima desde  
que la obra se inicia. Es el propio Comendador.





# Lope de Vega en Toledo

por Rafael Brun

Lope de Vega, el Monstruo de la naturaleza como le llamara un tal Cervantes, ha sido un fenómeno, un caso semiúnico de esos pocos que se dan a través de tiempos y geografías. A pesar de su vida un tanto inquieta y hasta azarosa, no acierta uno a explicarse cómo pudo haber escrito tanto, y tan bueno, con proyección hacia el futuro, hasta el extremo de que sus obras del ayer, despolvadas en el hoy, tienen tan actual vigencia que, más que viejas, parecen ser producciones de jóvenes alertados de nuestros días.

Para todos los lopistas es conocida la influencia que Toledo tuvo en la vida y obra de Lope. Por Francisco de Borja San Román, se ha probado documentalmente, que Lope estuvo en nuestra ciudad desde el otoño de 1589 hasta fines del 90; otro período largo, desde Agosto de 1604 a Septiembre de 1610; permaneció después tres meses en el 1614 cuando su ordenación sacerdotal y, más tarde, siguió viniendo a nuestra ciudad en diferentes ocasiones —lo que prueba su devoción toledana— para visitar a los amigos que aquí dejara, no teniendo, por ello, nada de particular, que muchas de sus comedias, rimas y, alguno de sus poemas, tuvieran como motivo la ciudad del Tajo, aparte de que aquí tiene el recuerdo del nacer de sus hijos más amados, Marcela y Carlos Félix. De Toledo fué dado a conocer por San Román, un documento de alquiler de una

casa de la calle de la Sierpe, que tiene la firma más antigua de las conocidas de Lope.

De Toledo se ocupa, entre otras, varias de sus producciones, en «El peregrino de su patria», «La Filomena», «El laurel de Apolo», «Por la puente Juana», «Castigo indiscreto», «Las paces de Toledo», «La buena guarda», «La Escolástica celosa», «Amar sin saber a quien», «La noche toledana», «El servir en mala estrella», «El Alcalde mayor», «Querer la propia desdicha», «Las paces de los Reyes», «Los pastores de Belén» y, algunas otras más, como decimos.

Mas una de las poesías más hondas, más sentidas y emotivas, que Lope hiciera, fué la «Elegía» que dedicara a su entrañable amigo y discípulo predilecto, Baltasar Elisio de Medinilla, cuando éste murió trágicamente a manos de Jerónimo de Andrada, y aunque de sobra es conocida para los seguidores del Fénix y de algunos que, sin serlo, también la conocen, estas joyas conviene de vez en cuando airearlas, refrescarlas, reimprimirlas, para regusto de su lectura a los que ya la conocen y conocimiento de los que la ignoran, y aunque resultare un poco larga, dado el poco espacio de nuestra revista, por el hecho y la razón que lo motivan, entendemos que puede ser de interés el hacerlo.

Dice así:

Si lágrimas de amor pudieran tanto,  
Si versos de dolor, de amistad pura,  
Que naciera tu vida de mi llanto,  
Elisio mío, en tanta desventura,  
Que volvieras a ver la luz perdida  
El alma que te amaba te asegura.  
Oh que el rigor de la sangrienta herida  
Suspenso de mi llanto, no pudiera  
Ser tan atroz a tu inocente vida;  
Porque apenas el sol de luz vistiera  
La frente de ese monte en que naciste,  
Cuando por otro Tajo me tuviera;  
Y apenas el lucero que le asiste  
Saliera a recibirle al occidente,  
Cuando le diera yo noche mas triste;  
Y apenas traspusiera el sol la frente,  
Cuando, sin ir al mar de Lusitania,  
Por mí pasara en contrapuesto Oriente.  
No sigue el cazador tigre de Hircania  
Con paternal amor, ni el scita fuerte  
Fiero león de la oriental Albania,  
Como siguiera yo la injusta muerte,  
Que de mis brazos te robó la vida:  
¡Así pudiera yo volver a verte!  
La vida, como vela, que encendida,  
Tiene su juventud, tiene su estado,  
Espira blandamente consumida  
En caduca vejez, porque ha gastado

El último alimento de la cera,  
En que fundó su resplandor prestado.  
Tales son las que matas, muerte fiera,  
Con débil movimiento en una cama  
Por los grados del mal que persevera.  
Súbita herida tu poder infama,  
Porque al fin es matar con mano ajena,  
Y no en sus propios términos la llama.  
Hurtaste el tiempo, de virtudes llena,  
Vida tan inculpable, muerte airada,  
Que solo se conoce por la pena.  
¿Quién me dijera a mí que con espada  
Me cortara la pluma tu fortuna  
Para escribir tu vida, en flor cortada?  
Nunca tuviste mas dichosa alguna.  
Dichoso fueras tu, si como Alcides,  
Mataras tus desdichas en la cuna.  
Pues que nos vistes ya, musa Tragides,  
En vuestras selvas alternar el canto  
Entre los olmos y casadas vides;  
Y de tanta amistad lazo tan santo,  
Aunque se rompe, el alma no se rompe:  
Venid, musas, venid al triste llanto.  
La terrestre materia se corrompe  
Con la separación del alma ausente,  
Y el discurso del trato se interrumpe;  
Pero no la memoria, que presente  
Naturaleza ya, que no accidente,

Viva me ofrece vuestra larga historia,  
Y quiere que consagre a tu memoria  
Elegos versos con ingenio triste,  
A tí, de nuestro monte honor y gloria;  
Pero de tiniebla tal se oculta y viste,  
Que, sin erudición, discurre atento,  
A sola la tristeza que le diste.  
Parece que cual fué mi entendimiento  
Al fin era por tí, pues me ha faltado,  
Y por llorar mejor, escribo a tienta.  
Del bárbaro escribir seré culpado,  
Pero no del sentir con pecho amigo,  
Que, por hijo del alma te ha criado.  
Así de tus principios soy testigo,  
Cuando a las musas con celeste genio  
Te ví inclinar y te llevé conmigo.  
Leyendo tu del árcade partenio  
Los pastores, Elisio, que imitabas,  
Daba señales de tu claro ingenio.  
Y aunque a las musas castellanas dabas  
Tanto lugar, por no quererlas tanto,  
Las griegas y latinas despreciabas.  
Estas a aquéllas ayudaron cuanto  
Fué necesario, cuando Apolo inspira,  
A conducir a perfección el canto.  
Ya que sonaba de tu dulce lira  
El claro acento en verso numeroso  
Por cuanto el sol en nuestro monte mira;  
Las orillas del Tajo caudaloso  
Escucharon tus doctor epigramas,  
Memorias de Salicio y Nemoroso.  
Honestas de tu amor brotando llamas  
Sus ninfas en la margen parecían  
Arboles de marfil con verdes ramas;  
Y mientras que tus versos aplaudían,  
Del ingrato laurel para tu frente  
Las vencedoras hojas componían.  
Cual suele agricultor alegremente  
El árbol que plantó mirar florido,  
Cuando se baña el toro en Febo ardiente;  
Así, glorioso yo, que producido  
Hubiesen, no mis letras, mi deseo,  
Libre el rayo laurel, libre al olvido.  
Pues, luego que del coro pegaseo  
Al angélico ví que trasladabas  
El dulce pectro, a ser divino Orfeo,  
Y que a decir, Elisio, comenzabas,  
De la madre del sol cándida aurora,  
Cuya divina concepción cantabas,  
«Bien puedo, dije, estar contento agora,  
Pues bordan ya tu lira más estrellas  
Que la que Apolo junto al cisne dora».  
Con soberana voz pusiste en ellas,  
Tales conceptos, locuciones tales  
Tales colores y figuras bellas,  
Que las inteligencias celestiales,  
Por su divina Reina agradecidas,  
Coronas te ofrecían inmortales.  
¡Oh cuantas esperanzas bien nacidas  
Hoy mueren con tu muerte! ¡Oh cuantos daños!  
Causa el súbito fin de nuestras vidas!  
Tu claro ingenio opuesto a los extraños  
¡Que de principios deja en flor marchitos  
En la mitad de tus mejores años!  
Autores son de bárbaros delitos  
La ira y la desdicha, más no creo  
Que contra tal virtud están escritos.  
¿Qué fué, divino Elisio, tu deseo  
Desde el principio de tu edad cursando  
Las puertas del platónico Liceo?  
Honrar tu patria, que hoy te está llorando,  
Con estudio inmortal, con nombre eterno,  
Los pasados ingenios propagando;  
Florecer el estilo grave y tierno  
Del honor de las musas, Garcilaso,  
En este de su monte helado invierno;  
Y que Toledo no envidiara al Taso,  
Con un Gregorio Hernández que eterniza,  
La Enéida en el archivo del Parnaso.  
La fama, la virtud inmortaliza  
Que nace el sol de la inmortal memoria  
En su olorosa cándida ceniza.

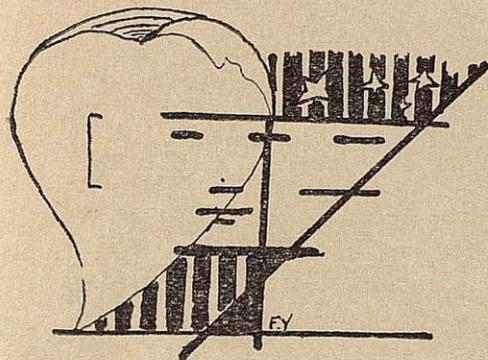
Bien sé que vives tú, pero más gloria  
Se esperara de tí, si más vivieras,  
Ya en verso ilustre, ya en heroica historia.  
Pero siendo posible que murieras,  
En mí vivieras tú; que pueden tanto  
Memorias de amistades verdaderas.  
Tu vida fué un discurso honesto y santo;  
¿Qué puedo yo sentir si no es perderla?  
Venid, musas, venid al triste llanto.  
Desdichada y dichosa fué tu estrella  
En darte corta vida y larga fama,  
Más fuerte al fin para quejarte della.  
¿Qué importa que la casta Daine en rama  
Ciña tus sienas por lo que has escrito  
Si a los principios a su fin te llama?  
Apenas sueño en vano solícito  
A mis cansados ojos, y el cuidado  
De tantos pensamientos le remito,  
Cuando se me figura ensangrentado  
Tu pecho, y si me rinde la porfía,  
Allí te miro, en lágrimas bañado.  
Pues no presumas tú que puede el día  
Librarte deste horror, que en él te veo;  
Así te fué cristal mi fantasía!  
Otras veces... Mas, triste, no lo creo,  
Y como de mí mismo me levanto  
Por ver si me engañase mi deseo.  
Mas contra la verdad no pueden tanto  
Las mentiras de amor; tu muerte es cierta:  
Venid, musas, venid al triste llanto.  
Y de cipreses lúgubres cubierta  
Vuestra sagrada cueva por su mano  
En los montes del Tajo descubierta,  
No admita ingenio, o la pretenda en vano  
El que el laurel que despreciaste aspira,  
Siendo divino tú, con plectro humano.  
Cuelgue en alto pirámide tu lira,  
No en sauce humilde, y por el lazo de oro  
Eco respire, pues por tí suspira.  
Respete el arco, el sol, el aire, el coro  
De las musas del Tajo, y entre tanto,  
Tu muerte canten, que tu muerte lloro.  
Muevan los montes a dolor y a espanto,  
Las fieras a silencio, fuentes y aves;  
Venid, musas, venid al triste llanto.  
Tu, claro río, que por peñas graves  
Los pinos que bañabas a ver llegas  
Inquietas selvas de remotas naves:  
Desde los olmos de tus verdes vegas  
Lleva su nombre el mar, así te aumentes  
De más caudal que tu rivera entregas.  
Que como de Estrimon en las corrientes,  
De Orfeo la cabeza fué instrumento,  
Las cuerdas cuello, las clavijas dientes;  
Irá su fama con laurel sangriento,  
Por esferas de plata al Océano,  
Sonora a todo húmedo elemento,  
Yo en tanto, Elisio mío, que el tirano  
Doméstico rigor permite aliento  
Y que mueva la pluma débil mano,  
Lloraré, cantaré tu fin violento,  
Y con el canto, moveré, llorando,  
A mayor compasión y sentimiento,  
Que si poder tuviera, como amando  
Tengo dolor, cediera Egipto en piras  
Las columnas del cielo, amenazando  
Las que dió a la lisonja a sus mentiras,  
Porque excediera a la materia el arte  
Con inscripciones de diversas liras.  
Tú pues, que de mi vida la más parte  
Fuiste y serás, ten lástima piadosa  
Del alma que quisiera acompañarte.  
Impriman pues mis lágrimas la losa,  
Que podrán, aunque fuera de diamante,  
Elisio, con tu muerte lastimosa,  
Donde yace tu cuerpo; y semejante  
Al tierno Alfeo convertido en río,  
Daré fiero veneno al mar Atlante.  
Oh musas, ayudad al llanto mío,  
Y en tanto que del llanto paso el canto,  
Llorad su muerte con afecto pío;  
Venid, musas, venid al triste llanto.

# LOPE

## Y EL TEATRO POPULAR ESPAÑOL DEL SIGLO DE ORO

Por

ANTONIO ESTÉFANI



La literatura española es una literatura altamente educativa. Sería difícil, en este sentido, hallar alguna obra a la que no se pudiera aplicar el calificativo de ejemplar, como a las novelas de Cervantes.

Al español no le preocupa solo el arte, sino que, de ordinario, trata de hacer del arte un instrumento, vehículo de otros valores. Esto no significa, sin embargo, que el sentimiento estético sea sacrificado. Si nuestra literatura aparece con ese carácter tan arraigadamente humano, es porque desde sus primeros balbuceos es concebida para el hombre. Si entre nosotros no se cultiva la tragedia como en otras latitudes, habrá que buscar la causa en el temperamento, en la idiosincrasia del español para quien los asuntos de la vida real ofrecen más interés que los dioses y héroes de las mitologías paganas.

El período en que este fenómeno se acusa con mayor claridad, es nuestro Siglo de Oro. Los autores de esta época se manifiestan, como los de ninguna otra, preocupados por una intención ética. El hombre concreto, de aquí y de ahora, con sus problemas y vicisitudes, llama con fuerza la atención del escritor. No deja de ser curioso observar cómo mientras la filosofía de esta centuria, salvo contadas excepciones, se deshumaniza por completo, por haberse dejado escapar al hombre, la literatura lo estudia y penetra, llegando, así, a un caudal nada despreciable en su conocimiento psicológico, al que posteriormente la misma ciencia positiva no tendrá inconveniente en recurrir.

Durante el reinado de los Austrias, la manifestación literaria más popular es el teatro. La novela y el libro, en general, no están, entonces, al alcance de todos. No sólo por razones económicas y de insuficiente producción en las imprentas, sino, fundamentalmente, porque el saber leer no es común. La enseñanza está recluida en las universidades y no existe, a decir verdad, una escuela popular. El teatro, pues, es un medio de información para el pueblo, al que lleva ideas y hechos que de otra forma le hubieran pasado desapercibidos.

Ahora bien; si el teatro fue popular, no cabe duda de que el personaje que más gozó del favor público y por más tiempo fue Lope de Vega.

Lope, cuya formación intelectual parece muy inferior a la de Calderón o Alarcón, por ejemplo, está perfectamente compenetrado con el pueblo. Esta compenetración, por supuesto, no hubiera podido ser sin el conocimiento que el creador de nuestro teatro nacional tenía de su público.

La influencia de Lope de Vega, a través de sus comedias, en el pueblo español, debió ser sumamente notable. El estudio prolijo y documentado de los valores educativos

de su teatro es un tema interesante; pero al cual, que yo sepa, ningún erudito de nuestra literatura ni de nuestra pedagogía ha dedicado atención.

La portentosa producción del Fénix, es claro que haría temblar a quien cargara sobre sus espaldas con semejante compromiso, mucho más fácil de llevar a término feliz tratándose de cualquier otro autor. Pero, como en todas estas investigaciones, el criterio de selección y la síntesis supondrían un primer paso decisivo. Puesto que la finalidad sería exponer los valores educativos del teatro *popular* de Lope, deberíase comenzar por una selección de dichas obras populares, más representadas y aplaudidas por el público; y hacer de cada una de ellas —acaso no fueran necesarias tantas— un estudio particular en orden a los valores apuntados.

La psicología moderna ha puesto de relieve el poder sugestivo de la ejemplaridad. Se tiende, naturalmente, a imitar a aquéllos a quienes constituímos en ideal o arquetipo de nuestra vida. Azorín, en «Alma castellana», nos ha dejado una *crónica* de lo que fueron aquellas representaciones. La comedia que se echaba, servía a aquél público de comento y discurso. No igual, por supuesto, en el encopetado doctor, que en cualquier apuesto caballero de Olmedo o sedudo labrador de Ocaña. Pero el teatro los unía durante la representación y a cada cual, a su modo, hablaba cada uno de los personajes y el autor enseñaba.

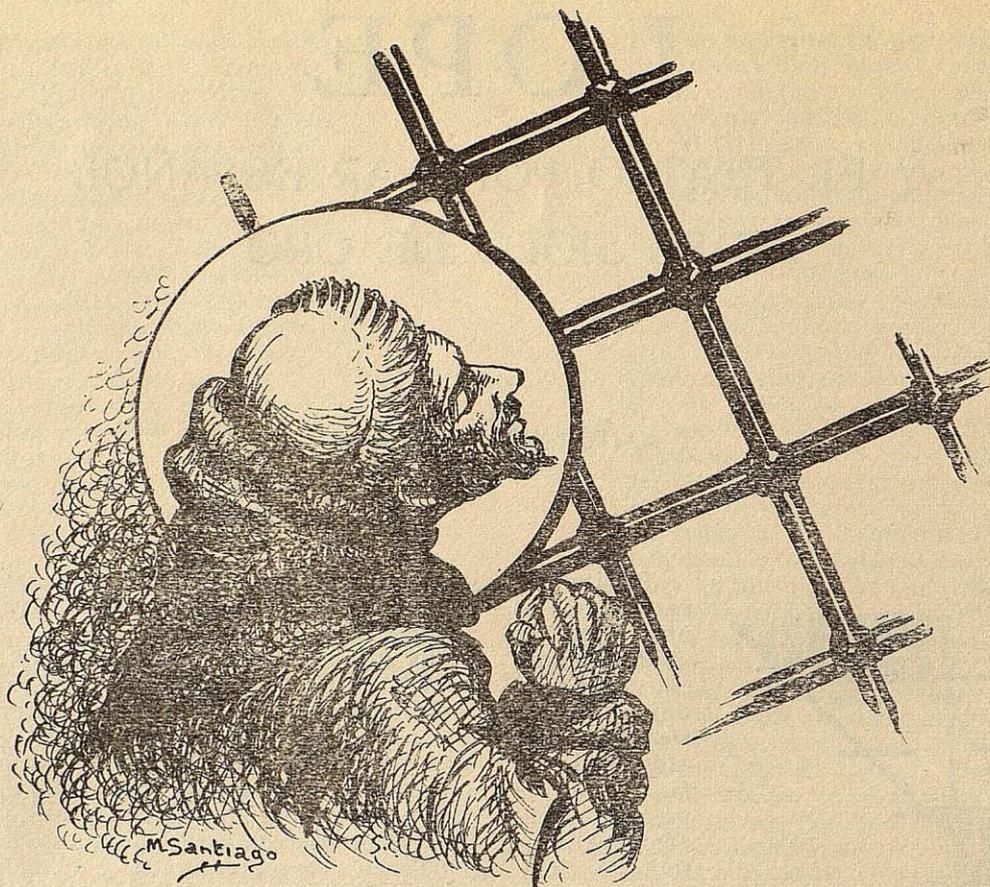
Por cierto que en Lope de Vega hay un episodio digno de atención si se considera, sobre todo, el sentido general que de la autoridad se tiene entonces. Me parece colorearse en «Fuenteovejuna» una tendencia del autor a justificar la actitud que, más tarde, defenderán otros clásicos de nuestra cultura, como Mariana: la acción, incluso violenta del pueblo, contra el tirano. La muerte del Comendador representa el enfrentamiento popular contra tal autoridad despótica. «Peribáñez» y «El Alcalde de Zalamea» son otros casos similares. Y recuérdese cómo nuestros clásicos no hallan inconveniente en poner el poder real en apoyo de los derechos del pueblo. Por eso, el rey que gusta al español, es el rey que le han hecho concebir los clásicos de su teatro: el rey-alcalde, el rey-justicia, el rey-caudillo, el rey-santo...

El contenido y la variedad de la obra de Lope, dentro del teatro popular clásico español podría enriquecer nuestra conciencia con el análisis de aspectos que hoy, quizá, no hemos llegado a percibir.

En el fondo de nuestra cultura clásica, existen valores vírgenes, intactos. ¿Por qué no desempolvarlos y sacarlos a la luz? Tal vez la empresa esté reservada paradójicamente a la juventud estudiosa de nuestros días; a la que tan pobre imagen de *lo clásico* ofrecieron en sus libros y en sus explicaciones nuestros eruditos anticuados y profesores perezosos.

El sentido moral de los personajes de Lope, su religiosidad, su juicio sobre la autoridad política, su posición frente a la institución monárquica, así como la estima de la mujer y su función en la sociedad; las formas de vida y las relaciones entre las distintas clases sociales... son cuestiones que se prestan a consideraciones atrayentes.

¿Llegará el día en que se nos ofrezcan unidas, formando como un *corpus* ideario de nuestro autor?



# CUATRO SONETOS DE LOPE DE VEGA

## I

Cuando me paro a contemplar mi estado  
y a ver los pasos por donde he venido,  
me espanto de que un hombre tan perdido  
a conocer su error haya llegado.  
Cuando miro los años que he pasado  
la divina razón puesta en olvido,  
conozco que piedad del cielo ha sido  
no haberme en tanto mal precipitado.  
Entré por laberinto tan extraño  
fiando al débil hilo de la vida  
el tarde conocido desengaño,  
mas de tu luz mi oscuridad vencida  
el monstruo muerto de mi ciego engaño  
vuelve a la patria, la razón perdida.

## II

Cuando en mis manos, rey eterno os miro,  
y la cándida víctima levanto,  
de mi atrevida indignidad me espanto  
y la piedad de vuestro pecho admiro.  
Tal vez el alma con temor retiro,  
tal vez la doy al amoroso llanto,  
que arrepentido de ofenderos tanto  
con ansias temo y con dolor suspiro.  
Volved los ojos a mirarme humanos  
que por las sendas de mi error siniestras  
me despeñaron pensamientos vanos;  
no sean tantas las desdichas vuestras  
que a quien os tuvo en sus indignas manos  
vos le dejéis de las divinas vuestras.

## III

¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?  
¿qué interés se te sigue, Jesús mío,  
que a mi puerta, cubierta de rocío  
pasas las noches del invierno oscuras?  
¡Oh, cuánto fueron mis entrañas duras,  
pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío  
si de mi ingratitud el yelo frío  
secó las llagas de tus plantas puras!  
¡Cuántas veces el ángel me decía!  
¡Alma, asómate agora a la ventana,  
verás con cuánto amor llamar porfía!  
¡Y cuántas, hermosa soberana!  
mañana te abriremos —respondía—  
para lo mismo responder mañana.

## IV

Pastor, que con tus silbos amorosos  
me despertaste del profundo sueño  
tú, que hiciste cayado de ese leño  
en que tiendes los brazos poderosos,  
vuelve los ojos a mi fe piadosos,  
pues te confieso por mi amor y dueño  
y la palabra de seguirte empeño  
tus dulces silbos y tus pies hermosos.  
Oye, pastor, pues por amores mueres,  
no te espante el rigor de mis pecados  
pues tan amigo de rendido eres.  
Espera, pues, y escucha mis cuidados...  
Pero ¿cómo te digo que me esperes  
si estás para esperar los pies clavados?

## siempre duerme fernando

Siendo la vida así, dormir en ella  
es el extremo máximo, el secreto  
de lo inmenso lejano, lo inconcreto  
donde el sueño se trae la vida aquella.

Tú lo sabes, Fernando, cada estrella  
te canta diariamente. Tu esqueleto  
duerme en sus brazos y en su carne. Quieto  
está tu corazón. Y Dios lo sella.

Y Dios lo sella con su paz. Te veo  
durmiendo en la vigilia de la gente  
junto al hondo letargo de Morfeo.

Siendo la vida así, tan diferente,  
y tan igual la muerte, ¿qué deseo  
tiene el sueño de ti —sin ti— presente?

JUAN ANTONIO VILLACAÑAS



## pregunta a la ilusión

Cuando la soledad me invade,  
en el fantástico campo del pensamiento,  
me gusta luchar con la ilusión.  
También jugar con ella.  
¡Y cómo tiende sus inconscientes alas!  
Vagando su quimera  
lo mismo se viste de rosa para sonreirme  
que hecha un caos me hace añicos el alma.  
Por más que repetimos esta trampa  
—¡ay! del día que cese—,  
nunca nos entendemos.  
Siempre esta pregunta:  
¿Adónde su prometida realidad?

ANASTASIO OLIVA



## esta noche

Se ha hecho el alma esta noche de mayo  
fecundo manantial.  
En chorros de colores  
multiformes como pólvora de fiesta  
ha regado el jardín de mi ensueño.  
Se han erguido las flores caídas  
y mil desconocidas han brotado.  
Fértil el campo en años sin promesas,  
seco de esperanzas,  
esta noche el agua ha germinado  
botones de ilusión.  
Se ha hecho el alma esta noche de mayo...

ANASTASIO OLIVA

## no estés sombrío

(soneto a toledo)

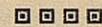
No sé por qué te encuentras tan sombrío.  
¿Por qué, tú en esta noche gimes tanto,  
y como perlas se te escapa el llanto  
mezclándose a las aguas de tu río?

Tú, que fuiste de España el señorío...  
¿Por qué te tiene preso ese quebranto,  
si el amor de tus hijos, va en el canto  
del Tajo que te dió tu poderío?

Bajo tu cielo se forjó la espada  
que hizo su vasallo a un Nuevo Mundo.  
En tu escudo, dos águilas nacieron...

Y fuiste tú como una llamarada  
que iluminó tu renacer fecundo,  
donde jamás los soles se pusieron.

ARACELI GUTIÉRREZ GAMERO



**"Para los altos mares  
no llevas, cautelosa,  
ni velas ni venturas,  
ni remos ni lisonjas".**

*Lope de Vega*

¡Ay! mi pobre barquilla  
te sentiste gaviota  
sin tener mas que un ala...  
Pobre velita blanca  
que abandonas la costa,  
y enfilando a los vientos,  
no temes huracanes  
que agigantan las olas.  
Quieres bajo tu casco  
sentir las simas hondas,  
y el enorme latido  
lleno de luz y sombra,  
de las aguas dormidas.  
¡Pobre barquilla mía!  
Caiste lentamente  
al bosque de corales...  
Al quedarte sin vela  
te quedaste sin vida.  
Solamente las algas  
con abrazo de hiedra,  
saben que es como sangre  
ese olor a madera  
que manan las heridas  
de tu quilla deshecha.

ARACELI GUTIÉRREZ GAMERO

# Dios en el Universo

...Y nos fuerzan, Señor, a verte sólo en la sencilla imagen de la Iglesia.

Díselo Tú, Señor, diles que es cierto que Tú estás en el Sol y en las estrellas, que tus dedos, Señor, cuentan el tiempo en millares de siglos; que tu fuerza es la causa sin fin de la energía que arrastra las galaxias por la negra región inaccesible del espacio en muda huída, misteriosa y bella.

Diles también, Señor, que no eres sólo el Dios de aquella ermita de la aldea; que te busquen, Señor, en esas noches en que el alma adivina tu presencia, y contemplen juguete de tus manos el Universo ingente que gobiernas donde el aire no existe y son un algo apenas perceptible los Planetas.

Haznos verte, Señor, brotar al fondo del lejano horizonte de la ciencia allí donde tus leyes condujeron al Hombre a la escisión de la materia, allí donde la vida se reduce al mundo inverosímil de las células. Haz que vean, Señor, cómo se agranda tu figura al mirarte en las estrellas.

No te vemos, Señor, sólo, sentimos tu presencia en la imagen de la Iglesia, en la cuna que duermen nuestros hijos, en el llanto, en el lecho y en la pena. No te vemos, Señor, porque no vemos cómo aflora tu luz en la conciencia, cómo brilla tu faz desde las ondas que llegan desde el Cosmos a la Tierra, cómo brota tu imagen misteriosa en cada nuevo ser que se genera.

Y eres Dios que se escapa a nuestros ojos si tan sólo te amamos en la Tierra, si dejamos de verte en el Espacio señor de la Energía y la Materia. No nos dejes, Señor, que reduzcamos tu inmensa infinitud a nuestra celda haciéndote partícipe de simples nimiedades, ruindades y miserias.

Haznos verte, Señor, y comprenderte en toda tu divina omnipotencia, Tú que sabes, Señor, amar al Hombre hasta ceñir tu Luz a sus tinieblas haciéndote pequeño en nuestro pecho y gigante en su mente y en la ciencia.



GONZALO PAYO SUBIZA

Toledo, Septiembre 1962

# Cuatro Sonetos de Amor

Solo pueden ser para tí

## I

Un día llegarás tímida y triste:  
«Te quiero amor, te quiero y te quería»,  
fuiste en mi ser ardiente melodía  
leve arroyo de lava en mi ser fuiste.

Te quiero, amor, te quiero porque diste  
a mi alma tu dolor y tu alegría  
brindándome tu llanto y tu armonía,  
porque hambriento de amor a mí viniste.

Un día llegarás, pero ya leo  
tu respuesta en tus ojos, fugitiva  
y en tu amor que me ocultas, firme, creo.

Un día llegarás, como yo ahora,  
con música de amor torpe evasiva  
creyendo que tu amor mi amor ignora.

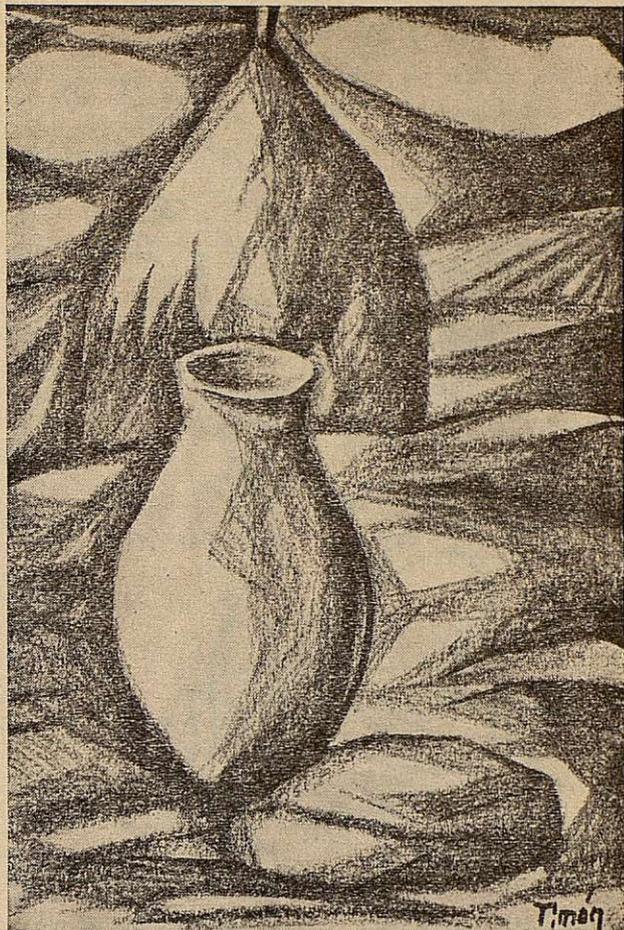
## II

¿En vano, amor, en vano te he cantado?  
Te ríes de mi amor y de mi pena.  
«Onémona de ensueño, mi sirena...»  
En vano amor... ¿en vano te habré amado?

Me diste una ilusión, nada te he dado  
y eres en mi pasión como la arena  
del reloj de mi vida; eres la vena  
rota de mi cantar desesperado.

Amor y sin embargo a tu alma aspiro;  
y así para nocturna en luz cegada  
la espiral de mi vida en tí se centra

y de día y de noche en mí respiro  
la rosa de tu vida cancelada  
y mi angustia de amor en tí se adentra.



## III

¿Qué tiene tu presencia, amor, qué tiene,  
suave y misterioso rayo altivo  
mi cuerpo penetrando en evasivo  
embite, que me anega cuando viene?

Este juego de amor no me concierne;  
vente clara y leal, no fugitivo  
barco de fuego en mí, si te derribo,  
queda, sueño de amor que a mí se atiende.

Vente clara y leal hacia mi vida,  
como yo hacia tu vida, verso a verso,  
claro arroyo al cristal de mi alto río.

Vente clara y leal, tu alma ofrecida  
sabe que va en tu ser mi ser inmerso,  
sabe que el tuyo va inmerso en el mío.

## IV

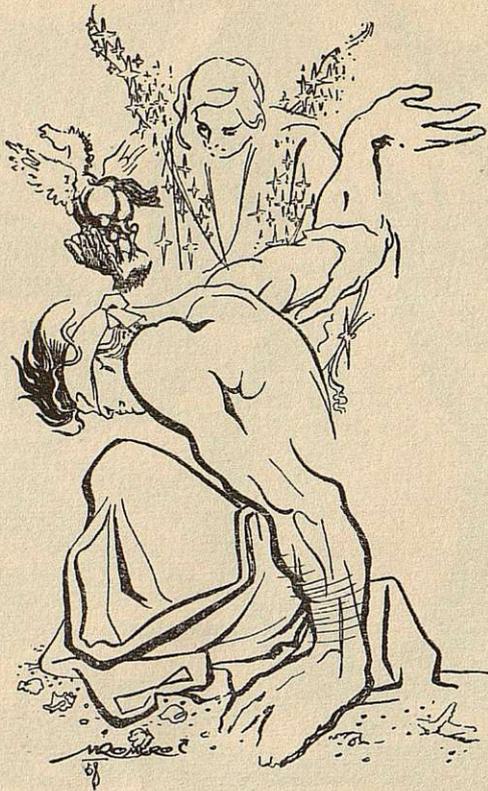
Mano azulada, tuya, espuma y nieve;  
alondra que se niega a mi llamada;  
mano de espuma y nieve de la amada,  
ardiente y fría, apasionada y leve.

Mano de nieve que dulzura mueve,  
mensajera del alma, que enviada  
a la cita del beso, núbil hada  
a mi vista se azora y se conmueve.

¡Qué delgadez la tuya! ¡qué figura!  
de manojo de venas que se apura  
negándose al contacto que te brindó!

¡Qué alta pasión la tuya, nieve en llama,  
qué alta pasión que me rechaza y llama  
y a cuya fuerza lánguida me rindo!

JAVIER DEL PRADO



*Nuestro entrañable poeta Juan Antonio Villacañas, ha publicado este año, dentro de la colección TOLEDO, su libro «LOS VAGOS PENSAMIENTOS» que por su alta calidad ha llegado a la final del «Premio Guipúzcoa 1962», en San Sebastián. Sobran elogios y adjetivos. He aquí «Por Tierras de la Jara», poema de cuatro impecables sonetos:*

## POR TIERRAS DE LA JARA

1

Recta de vegetal, surco, olivares,  
verdes caminos ciñen mi camino.  
Hincando sombras se me va el destino  
por el espacio, a saltos estelares.

Recojo viento y esperanza a pares  
en los jarales; campo, remolino  
de grano en el sembrado cantarino,  
que trasplanta al granero sus cantares.

Piensa la luz en el arroyo. Y anda  
con la estrella en el árbol el destino,  
poniendo su ilusión sobre la mía.

Y Dios da a los jareños, Dios les manda,  
un sosiego de sol. Y abre un camino  
nuevo a sus esperanzas cada día.

2

Queda el campo estival como una brasa  
de repente en la tarde, netamente.  
Y el crepúsculo tiñe la pendiente  
de luz y sombra que su pie traspasa.

Vuelve a su paso el campesino a casa,  
con la estrella y la noche diariamente.  
Repetido su tiempo, libremente  
su redondez sobre la tierra pasa.

Queda la soledad, rueda en la Jara,  
vence a golpe de sol la altura al monte,  
que baja y corre y grana en el barbecho.

Duerme así el olivar. Y, en la almazara,  
la gracia del olivo. Al horizonte  
brilla la cruz rendida de su pecho.

3

Y el suelo claro y blanco y rojo, brilla  
en la fruta del árbol, rama en rama.  
La aceituna verdea y se proclama  
reina de la arboleda. Y, amarilla,

la cosecha abrazada en la gavilla,  
siente un fuego de jara y de retama.  
Retamar y jaral, sol que derrama  
sobre la fe su cálida semilla.

Pueblos que están abiertos y se entregan  
con su ropaje verde al campo pleno,  
con ibéricos surcos en las venas.

Alas que sobre el tiempo se despliegan  
de todo corazón, profundo y lleno,  
aventador solano de las penas.

4

La tierra pide pan. Y el hombre sueña  
con el pan de la tierra. Desafía  
el campesino al cuerpo cada día,  
mientras al campo su sudor le empeña.

Respira el alba, alta y ribereña  
del horizonte y de la lejanía.  
Y el sol sobre la tierra se vacía  
y hurga en la quieta timidez jareña.

Ríen todos los árboles frutales,  
con sus sombras rodando por el suelo,  
sueños largos de amor, horizontales.

Y baja el pan de Dios. Y, en pleno vuelo,  
abren sus ramas hondas los jarales  
y el hombre suelta su cosecha al cielo.

# HOMENAJE AL CATEDRÁTICO

## Don Fernando Jiménez de Gregorio

*Con asistencia de los Sres. Obispo, Gobernador Civil, Director del Instituto, Inspector-Jefe de Enseñanza Primaria y demás Autoridades Civiles, Docentes y todo el pueblo, se celebró el pasado día 20 de Mayo el acto de bendecir y entregar un Grupo Escolar en Belvís de La Jara (Toledo), dedicado al Catedrático de Geografía e Historia del Instituto de Toledo Don Fernando Jiménez de Gregorio; al mismo tiempo se dió su nombre a una calle de ese lugar, del que se le nombró HIJO PREDILECTO en atención a su obra investigadora y docente.*

*Ofreció el homenaje el Sr. Alcalde de Belvís de La Jara Don Antonio Fernández Vargas, encareciendo los destacados méritos del homenajeado, al que contestó el Dr. Jiménez de Gregorio con el siguiente*

### D I S C U R S O :

EXCMOS. E ILMOS. SEÑORES:

QUERIDOS AMIGOS Y PAISANOS:

No necesito esforzarme en convencerlos de la intensa carga emocional que pesa sobre mi espíritu; todo mi ser vibra de gratitud, de alegría, a la vez que siento la responsabilidad de esta hora. No acabo de saber si merezco este cordial homenaje que me dedicáis y pienso si no será prematuro. Es difícil para un hombre sociable, volcado hacia afuera, hacerse a la idea de que en vida, y sin llegar a la augusta serenidad de la vejez, se le alce sobre el resto de sus paisanos, poniéndole como ejemplo. Nadie mejor que yo conoce la pobreza de mis merecimientos, la pequeñez de mi obra.

Por todo ello, entendiendo que es un deber de justicia, me vais a permitir que haga partícipe de este homenaje a la vieja comunidad belviseña, en donde tengo mis entrañables raíces; a los que día a día trabajan la tierra, apacientan los ganados y forjan la reja del arado. A las estirpes labriegas, iniciadas por aquellos venerables patricios llamados Larduña, Durán, Palomo, García, fundadores de Belvís en la décimo-cuarta centuria, continuadas por los Díaz-Toledano, Fernández-Albañil, Valero, Gregorio, García de las Heras, De Cáceres, Jiménez, De Bodas, que levantaron sobre sus rústicos y poderosos hombros a este pueblo, haciendo posible el milagro de los cerros coronados de olivas, de esas tersas rañas doradas por las mieses y de las huertas pródidas que adornan, con el verdor de sus frondosas higueras, el paisaje campesino de mi pueblo.

Con amor he de recordar aquí, y ofrecerles lo más grato de este homenaje, a tres personas que llevo en el corazón: A mi padre y guía, al hombre sin hiel, que fue don Federico Jiménez Recio; no siendo de aquí, a Belvís dedicó lo mejor y más dilatado de su vida; a mi madre, que en la paz de su ancianidad, me ofrece a diario el noble ejemplo de su vida; a María de la Paz, mi esposa, fiel e incansable compañera en el duro o fácil caminar de mi vida.

Os agradezco a todos vivamente este homenaje; en primer lugar a este gran Alcalde de Belvís, que es don Antonio Fernández Vargas, motor de un intenso proceso renovador; a la ilustre Corporación Municipal, que tomó unánimemente el acuerdo de realizarle y a la que le lleva a cabo; al Sr. Obispo, ilustre paisano, lleno de toledanía; al Sr. Gobernador Civil, que estimuló con sus palabras y ahora con su presencia los actos; al Sr. Presidente de la Diputación Provincial, en quien veo también a mi director y compañero de Claustro; al Sr. Alcalde en funciones, de Toledo; en fin, a todos, amigos míos entrañables, que habéis venido a este apartado rincón de La Jara, hospitalaria, trabajadora y sencilla, a ser testigos de que algunas veces quiebra el dicho popular recordado por el Sr. Alcalde. «Porque nada honra tanto a una comunidad que el honor tributado por ella a sus hijos o bienhechores.»

Cumplidos estos deberes de justicia y gratitud, sólo quiero añadir que trataré de hacerme acreedor a este homenaje, trabajando más por mi pueblo, por mi Provincia, para que los nombres de Belvís y Toledo sean mejor conocidos y estimados.

MUCHAS GRACIAS A TODOS

# En el atrio catedralicio, gran éxito de EL CANDIL con el estreno del Auto Sacramental moderno “BODAS DEL PAN Y DEL VINO”, del poeta talaverano Juan Antonio Castro

Como uno de los festejos principales en las pasadas fiestas del Corpus Christi, figuraba el teatro. Esta vez dignamente representado por EL CANDIL, el grupo talaverano que ha sabido levantar bandera de autenticidad y vigor en la tradición escénica toledana; no en balde, EL CANDIL sabe pasar de la gracia de la comedia a la profundidad del drama, captando tipos, ambiente y contenido psicológico e ideológico de cada pieza, según la intención del autor.

El primer contacto que EL CANDIL tuvo con el público de Toledo, fue la noche del 29 de Septiembre de 1961, cuando, en el escenario del Rojas, en un ciclo dedicado al humor, puso: «El Casamiento a la fuerza», de Molière; «Petición de mano», de Chéjov, y «Las Cuevas de Salamanca», de Cervantes. Tres autores universalmente conocidos, en un teatro distinto, de calidad y difícil interpretación en tres representaciones magníficas que entusiasmaron al exigente auditorio.

Ya en aquel entonces —su primera salida al exterior—, los hombres encargados de la dirección de EL CANDIL dejaron patente su afición, talento y constancia al servicio de una noble causa, como es el teatro, sobre todo, cuando ese teatro tiene pretensiones educacionales y constituye un espectáculo de arte que debe figurar en el primerísimo plano de todos los países civilizados.

Naturalmente, aludimos a obras trascendentes, rebosantes de interés y bien dispuestas para transmitir al espectador las cosas que deben averiguarse, los problemas que deben conocerse —porque son problemas de nuestra vida— para atajarse, para vencerse, que tales deben ser los fines del teatro moralizador: corregir los vicios humanos.

Pues bien, este es, precisamente, el propósito de estos muchachos talaveranos que, queriendo salir de la mono-

tonía de la existencia corriente y moliente de una ciudad de provincia, han puesto sus inquietudes al servicio del teatro, conquistando con ello para su patria chica un primer plano intelectual y artístico, que dice mucho y bueno de las ansias de superación de una juventud que tiene más vida espiritual que física.

Y una vez conquistada la admiración de propios y extraños con un repertorio de obras interesantes —«Escuadra hacia la muerte», «Los blancos dientes del perro», «Tres sombreros de copa», «Knock», «Llama un inspector», «Un enemigo del pueblo», etc.—; leídas o representadas con seriedad y responsabilidad, conforme a sus normas iniciales, se lanzan a la empresa más difícil, ambiciosa y arriesgada de su historial —breve, pero cuajado de éxitos y galardones—: la representación de un auto sacramental, género del que se ha dicho que trata problemas eternos ante Dios, la moral y la sociedad. Y para ello, se elige a Toledo, que da esplendor a la tradición española de representar obras al aire libre, con el pórtico gótico de su catedral iluminado y sirviendo de escenario a una obra novel, estreno en España.

Difícil y ambiciosa era la empresa, repetimos; pero el triunfo llegó. Así tenía que ser. Hombres capaces no les faltaba. Ahí están si no: Francisco Heras, Amalio Monzón, Juanjo Ruiz de Luna, Luis Antonio Salvador, Jaime Alfonso, Emilio Niveiro y algún otro que posiblemente escape a nuestro recuento de méritos, además de una gran pléyade de intérpretes disciplinados que supieron dejar a Talavera de la Reina en el lugar que le corresponde.

Y ahora el éxito es de todos, desde el director hasta el último de los colaboradores que realizó una labor oscura, pero eficaz, oculto tras de la «tramoya»; pues todos hicieron posible el estreno de «BODAS DEL PAN Y DEL VINO», un auto sacramental que sigue

la trayectoria clásica, pese a ser moderno en su concepción; con bellas imágenes, refinadas y bien concebidas; caracteres humanos llenos de calor y vida; frases acertadas, agudas e ingeniosas, que toman gracia y elegancia en el verso, justo y medido, de su autor.

Por eso, nuestros primeros elogios vayan para Juan Antonio Castro, brillante poeta que, con «BODAS DEL PAN Y DEL VINO», se revela como un gran creador, con frescor moderno y conocedor como pocos de esos recursos artificiosos que hacen un arte del teatro-teatro.

Francisco Heras, en su doble misión de actuar y dirigir, francamente insuperable, pues si como actor cuajó una de las mejores interpretaciones que le recordamos, diciendo bien el verso y moviéndose con naturalidad, como director estuvo a la altura de las circunstancias, haciendo un montaje perfecto, impresionante, de una espectacularidad irresistible. Junto a él, destacaron Carmiña Riaño, dulce, ingenua, en un papel hecho a la medida, Amalio Monzón, Moisés de las Heras, José Luis de los Ríos, Ismael Sánchez, Lolita Chico, José María Niveiro y todo el extenso reparto.

En resumen: un gran día el del Corpus Christi toledano para Talavera de la Reina, con un gran número de talaveranos presenciando el triunfo de los suyos, un triunfo trabajado, estimable, merecido, del que puede estar orgulloso su Alcalde, don Justiniano Luengo, el primer entusiasta de EL CANDIL, quien emocionado y sonriente felicitaba a todos al final de la representación.

Y para terminar, nuestro agradecimiento a don Alejandro Torres, Presidente de la Comisión de Festejos de nuestro Ayuntamiento, que supo confiar en EL CANDIL y ofrecer a los toledanos un espectáculo de auténtica categoría.

LUIS RODRÍGUEZ

# “ROMERO CARRION”

Exposición de óleos, acuarelas y dibujos.  
Sala de la Organización Sindical.  
Toledo, Agosto de 1962.

Generalmente, cuando nos enfrentamos con un pintor joven y su obra, y de primera intención sabemos que, artísticamente, se ha formado en las aulas y estudios de San Fernando, nos sentimos embargados por una cierta prevención. No obstante, y por conocer con antelación al artista y su obra y haber seguido paso a paso toda la línea de su desarrollo pictórico, dicha prevención no existió nunca. El muchacho que llega a San Fernando con una vocación clara y definida, buen dibujante y con disposiciones para el color, si no posee una personalidad en ciernes, termina por adquirir una especie de amaneramiento que se hace visible claramente en su obra: dibuja excelentemente, domina el colorido, la composición y maneja perfectamente los materiales, etc.; lo único que le pasa es que su obra total carece de unidad.

Romero Carrión, por el contrario, tiene una personalidad clara, y su obra, plena de unidad, demuestra que San Fernando en él ha dejado la impronta de una enseñanza bien asimilada, en la que no se trasparenta la mano de los contrapuestos estilos de los varios profesores que le han guiado en sus años de estudio.

La obra de Romero Carrión, especialmente sus óleos, muestran que es un hombre moderno, un artista de su tiempo. Sin embargo, los «ismos» en él, son relativos. Ser hombre de su tiempo, es estar al tanto de todas las innovaciones artísticas y sentir las preocupaciones de nuestro tiempo: pero así mismo, ser de su tiempo, no es dejarse llevar por el último alarido de la moda plástica, ni aceptar determinadas influencias sin meditada consideración; sino aceptando lo que merece la pena y separando lo valioso de la ganga.

Romero Carrión, se considera un pintor expresionista, y lo es, pero no en forma tan clara como él mismo lo piensa, sino con unas influencias clásicas

notoriamente evidentes. Es un expresionismo paliado, templado —afortunadamente con unas influencias que no dudamos en calificar de castellanas—, visibles en temas paisagísticos y retratistas. En cuanto al color de sus lienzos, en ellos predominan los tonos un tanto grequianos, de los que no se ha podido zafar —pese a sus estudios en San Fernando— y que dan a su pintura, suavemente expresionista, un fuerte acento de originalidad.

Sus acuarelas y sus dibujos, los consideramos de una gran perfección y de un poderoso aliento que irá a más, como ha ido de un poco tiempo hasta ahora.

Nuestras preferencias van hacia el paisaje en pintura, dibujo y acuarela. La figura, a nuestro parecer, es más vigorosa en los óleos. Estas preferencias, hago la salvedad de que me refiero a su obra en general, sin referirla solamente a la exposición que comentamos.

La exposición en sí es múltiple y variada en temas y motivos, en formas de expresión. Va desde el retrato hasta el tema figurativo de creación mental; desde el paisaje, hasta el cuadro de gran tamaño y composición, ejecutado por encargo especial. Si de toda su obra expuesta tuviéramos que elegir un número determinado, en principio nos quedaría-

mos con sus dibujos y, como obra fundamental, con la que ilustra este breve comentario.

Y esta es nuestra impresión sobre la exposición que Romero Carrión ha celebrado en Toledo, con gran éxito, el pasado mes de Agosto. Una pintura fina, sin estridencias, delicada, acabada; una obra llena de sensibilidad, equilibrada y muy matizada.

Hombre joven, cabe esperar mucho de su obra, que ya es una realidad cuajada.

FERNANDO ESPEJO





Asociación  
de  
Artistas  
Toledanos